

TIPO REFERENCIA: Recorte de prensa

TÍTULO: **Godo dice la palabra poética con voz blanca**

AUTOR: Cecilia Valdés Urrutia

EDICIÓN: El Mercurio, Cuerpo E, p. 11

PÁGINAS: 1

IMÁGENES: 1

FORMATO: 36 x 46,5 cm.

LUGAR: Santiago

FECHA: 4 de marzo de 2001

COLECCIÓN: Godo

FONDO: Iommi-Amunátegui

CONJUNTO: Sobre Café

NÚMERO INGRESO: 018

NOTA EDICIÓN: --

CLAVE: Iommi / Godo / Iommi-Amunátegui / Sobre Café /
Godo dice la palabra poética con voz blanca / 2001 / 018 /

CÓDIGO: **IOM-GOD-IAM-SCA-GOD-001-018**

“Godo Dice la Palabra Poética con Voz Blanca”

En una ocasión el historiador Mario Góngora escribió que Huidobro y la concepción arquitectónica de la Universidad Católica de Valparaíso habían sido las dos creaciones más originales que Chile ha aportado en su historia. Y no sin motivo; el libro Ameréida, la ciudad abierta de Ritoque, las odas y actos poéticos, las travesías por América, son algunos de los frutos de esa concepción que una poesía, arquitectura y también vida.

Godofredo Iommi (1917-2001) y Alberto Cruz Covarrubias fueron los inspiradores de ese espíritu. A principios de los 50, dieron vida a una reflexión poética en la arquitectura, que impregnó todas las áreas y abarcó generaciones. Alberto era el arquitecto y Godo el poeta. Godo enunciaba y Alberto le daba forma. Alberto Cruz llevó arquitectónicamente la palabra de Godo, como bien recuerdan arquitectos y artistas de la UCV. Todo estaba empapado de esa unión: partía del asombro, de la novedad, de la poesía y daba a luz nuevas formas.



Godofredo Iommi y Alberto Cruz, en Las Dunas de Ritoque.

Alberto Cruz: “Godo”

Rompiendo su habitual silencio (en homenaje a su gran amigo), Alberto Cruz Covarrubias conversa con “Artes y Letras” sobre algunos pasajes esenciales de la propuesta de Godo (también suya).

En cuanto a la relación poesía-arquitectura, señala Alberto Cruz: “Godo es vehemente, que es la fuerza creativa poética que permanece intacta. La vehemencia en él es en disputa. La arquitectura ha de darle casa a esta condición; en razón de ello ha de concebir y realizar sus obras, edificios, calles, barrios. Para concebir arquitectura observa en el ámbito cotidiano. El anhelo de la condición humana de ser poética es lo que llamamos el acto que hace que una obra tenga origen y que se genere en una forma. Esta es la labor de la Escuela de Arquitectura y de la ciudad abierta: ese tránsito del origen a la generación. La escuela y Ritoque van durante 50 años en una continuidad diaria con el poeta, percibiendo lo que es una contemporaneidad que pueda proseguir incesantemente como recuerdo”.

“Godo dice la palabra poética con voz blanca, sin acentuaciones para que la palabra esplenda en sí misma. Esa es su primera faena, puntualiza Alberto Cruz. Desde ella están sus invenciones de los actos poéticos, de las clases de poéticas en el taller de América, de las travesías que recorren el continente, de la ciudad abierta, de su vida, trabajo y estudio; y de San Francisco de Asís, santo y poeta, el patrono que intercede por la santidad de la obra, como lo llamó Godo”.

Respecto a la obra literaria, la expresa en sí de Godofredo Iommi: “Hay en él un espacio íntimo. Sus poemas siempre estaba escribiéndolos. No quiso publicarlos en editoriales. Solo se guardan en la biblioteca de la Escuela —cuenta Alberto Cruz—. Desde los iniciales, como ‘El discurso de los secretos’, ‘El paraíso’, hasta los últimos, como ‘Fuese’ y ‘El diario’. Desde este espacio podemos avistar el espacio de su juventud, remontando el Amazonas hasta su nacimiento con la Hermandad Orquidea, fundada por Godo. El espacio en Europa, en París, donde funda la *Revue de Poésie*, que comienza por el número 100, prosigue con el 90 y así. Comienza la Palatino, en que el poeta sale a invitar en plazas y esquinas a un juego de cartas poéticas, donde los participantes hablan y el decir de ellos, Godo los toma en poema. Y está su espacio americano, que es el

“Y la dice sin acentuaciones para que la palabra esplenda en sí misma. Esa es su primera faena. Desde ella están sus invenciones de los actos poéticos, el taller América, las travesías que recorren el continente, la ciudad abierta”, señala su compañero de ruta el arquitecto Alberto Cruz Covarrubias. Hablan también con Artes y Letras, ante la partida del poeta, los arquitectos de la UCV Bruno Barla y José Aldunate, Godo hijo, y el poeta brasileño Gerardo Mello.

Por Cecilia Valdés Urrutia



de Ameréida. Este de la relación con los arquitectos. Pero también con la televisión, en programas en Santiago y Valparaíso. Todos ellos cual irrupción poética. Un ejemplo: aquel sobre el lenguaje que transcurría en un desván. Es que esos espacios de la acción y del quehacer lo son en irrupción poética. Irupción como el modo de oír creativo del hombre”.

Respecto al libro Ameréida: “El es sin autores —puntualiza Alberto Cruz—. Participaron en la primera travesía nueve creadores, entre poetas, pintores, escultores, arquitectos, tanto europeos como americanos, cada cual escribió su parte, y Godo los ordenó de manera que el libro no tuviera numeración de páginas para que se pudiera abrir en cualquiera de sus hojas, y ellas concluyentemente dieran cuenta del mar interior americano”.

En cuanto a la persona:

“Una casa abierta con una mesa puesta. Ese fue su hogar. Allí germinó la hospitalidad, la que con el correr de los años le daría el pulso a la ciudad abierta”.

“Somos americanos”

El arquitecto y profesor titular de la UCV Bruno Barla (muy cercano a Godo y Alberto) destaca del poeta: “Su fuerte poder de convicción, su brillante oratoria, donde tenía también mucho que ver su origen italiano y argentino. Todo era grandioso para él y todo buscaba convertirlo en arte. Hablaba en la escuela y a los profesores se nos abría el apetito. Incentivaba a sus alumnos a salir a recorrer América, hacer construcciones en el desierto, en medio del Pacífico, por esta vocación de ser americano. Le interesaba mucho que nosotros, desde aquí,

podiésemos pensar la arquitectura, y todos los oficios. Repetía esa frase ‘somos americanos’. Eso, aportaría, en el fondo al mundo. Era su visión. Palabras que dice el poeta y que hacerlo constituye un desafío”.

Pero lo importante, agrega Barla, fue inyectar unas ansias de aportar al mundo. Lo hacía con entusiasmo y poder. De allí, por ejemplo, ese acto famoso en honor a San Francisco cuando se tiraron objetos al mar. “Dirán que fuimos locos, pero esta es la única escuela de arquitectura de Chile que aparece en todas las publicaciones de arquitectura de las universidades de Italia (Barla es profesor invitado en diversas escuelas italianas). La UCV produce gente muy creativa con un espíritu inquieto”.

Bordeando el abismo

El director del Museo de Artes Decorativas, José Aldunate Menéndez, ex alumno de arquitectura y diseño en la UCV (en los años 70), muy cercano a Godo, recuerda lo involucrado que estaba siempre el poeta en todo. “Le daba forma, veía el norte y el fin último a cada materia. En matemáticas, por ejemplo, llamaba a un investigador para que nos hiciera ver la creación matemática. La verdad es que nunca entendí nada, pero de lo que se trataba era de tener la experiencia de la creación, de ponerse en el abismo, y eso sí lo viví. Siempre estaba llevando al borde la experiencia y con un desprecio completo frente a la obra de arte y al encargo”.

“Era tan versátil su manera de enfocar la enseñanza, que

Sus “Cuatro Momentos”

Godofredo Iommi Amunátegui, su hijo poeta, habló en el cementerio. Se refirió a la labor literaria de su padre, aludiendo a Góngora, Rimbaud, Apollinaire y Dante. “Hay muchas otras influencias —agrega—, como una cierta vinculación con otra vertiente de la poesía francesa donde la base es Lautréamont. Pero más que influencias lo llamaría el espacio en el cual trabaja. Era el punto de partida, los elementos. Y lo que él hizo con los elementos es que al castellanero le otorgó una inocencia de sintaxis. Lo que se aprecia, por ejemplo, en ‘El Paraíso’ (texto publicado en 1984, XX, primera edición en 1989; ‘La Guerra Santa’, 1989; ‘Las purificaciones’, 1984; ‘Los estorninos’, 1988; ‘Estrofas’ 199) y diversos poemas como ‘Tu forastero’ (1962). Estas obras no integran Ameréida, son poéticas propiamente de él. Ameréida pertenece a otro espacio.

“Es que él tuvo, a mi parecer, cuatro momentos poéticos: El primero, el de la Hermandad Orquidea, con un grupo de poetas amigos donde estaba Gerardo Mello (quien conversó con nosotros y escribe aquí desde Brasil) y Tomás Bó. Su segunda etapa es el encuentro con Ernesto Grassi, Michel DeGuy, con François Sédier. Después viene Ameréida y la fundación de Ritoque. Evidentemente hay momentos entre esas épocas. Y Ameréida es colectiva: lo escrito por él ahí conserva lo anterior, pero no en el mismo tenor. Porque, en cierta manera, en Ameréida dice algo, lo anterior era más abstracto. Y en Ameréida el anonimato no es trivial”.

mientras estudiaba arquitectura, a mitad de la carrera tuvimos en cambiarme a música. Godo me inventó una carrera especial, algo que hacía con todo quien lo necesitara y me sugirió entrar a diseño y ahí los trabajos que se me encargaron implicaban estudiar música. Por ejemplo, me encargaron hacer un afiche sobre música dodecafónica, donde en la figura tenía que verse claramente la diferencia entre la música tonal y la dodecafónica. Mi memoria de título fue una Fuga a cinco voces de Bach, mostrada gráficamente”.

De los poemas poéticos, Aldunate recuerda especialmente uno en el Teatro Municipal de Viña: con música, pintura, actuación, poesía, coros y donde desplegábamos unos enormes dibujos desde arriba del palco. En otro acto se empapeló uno de los puentes de estero de Viña y figurábamos con unos trajes como palabras sueltas sacadas de la poesía de Huidobro: el público tomaba palabras y daba origen a otros poemas”.

“Godo tenía en todo esto muy presente a Dios. Era muy religioso, católicamente, destacaba Aldunate. La misma vida de todo este grupo de fundadores y seguidores de la UCV era bastante parecido a un monasterio. Casi todo en comunidad, con una disciplina que exigía una entrega total y una austeridad casi monacal. Se creía en el espíritu de la escuela y ahí la mística de Godo fue preponderante porque él era el poeta. Asimismo, fue un hombre con una historia preciosa con su señora Ximena Amunátegui (madre de sus 5 hijos). Una de las más lindas y fascinantes de su época, quien antes fue la mujer de Huidobro. Amiga de Stravinsky, de Picasso. La musa inspiradora de Godo”.

En Viña del Mar Hubo un Poeta

Eramos seis. Hoy tampoco somos muchos. Tal vez algunas decenas, en distintas ciudades del planeta, los poetas que no podemos concebir la poesía sin Godo. Aún más: no podemos concebir al mundo sin Godo. Todo comenzó una larga noche en un bar de Buenos Aires, teníamos 20 años. Salimos con los brazos entrelazados, encendimos una fogata en medio de la plaza, y quemamos centenares de versos. En el aire quedó la frase de Godo: “no afirmo nada, no niego nada, celebro”. Celebramos entre las llamas nuestra propia horeza juvenil y la partida de viaje hacia la poesía. En nuestra bolsa de viaje Virgilio, Homero, Dante, Holderlin y el Quijote. Siete, ocho horas de lectura, solitaria o en común, durante años. Godo se conocía de memoria el mapa de todos los viajes. A nosotros nos quedó de Dante, y así fue como partimos hacia el infierno, el Purgatorio, el Paraíso. Había una consigna tal vez juvenil y arrogante, pero la única para quien no quiere decir lo que ya se ha dicho: ‘Dante o nada’. Nosotros la repetimos incesantemente sobre las aguas del Amazonas, en los burdeles, en las iglesias, en la selva elemental. Más adelante, en las cordilleras de América, en las metrópolis del norte y en las viejas ciudades fundadoras de nuestro mundo, por las calles de Europa. El lo sabía todo y lo contrario de todo. Conocía la lengua y la palabra, la letra y la sílaba. Después, inventó el lenguaje. Atravesamos los golfos, el surrealismo, el ultratraso y los demás. En el dulce país de Chile inventó a la más bella de las mujeres y al amor más fervoroso. Y en ese mismo instante también inventó al amor que mueve al sol y a las demás estrellas. Y vio al Dios del amor, luz de luz, *lumen de lumine*. Buenaventura, el serafico doctor, en-

seña que sólo se entra al Paraíso con elegancia y cortesía. El fue el más elegante y el más cortés de los poetas. Kavafis, el padre de la poesía griega contemporánea, nunca editó un libro en su vida. Godofredo tampoco lo hizo, aparte de algún que otro texto publicado en Francia, en Alemania y en Brasil. Pero toda su obra fue primeramente impresa, durante años, por una refinada curaduría del Instituto de Arte de la Escuela de Arquitectura de la Universidad Católica de Valparaíso, etapa de su vida de poeta. Ahora que ha partido, cuando ya no es necesario obedecer la rigurosa discreción de su cortesía y de su elegancia, esta obra comenzará a ser celebrada, y creará el número de aquellos que hoy ya no comprendemos al mundo sin Godo, a la poesía sin Godo y de aquellos que sabemos que en Viña del Mar hubo un poeta.”

Gerardo Mello, desde Río de Janeiro

En una ocasión el historiador Mario Góngora escribió que Huidobro...

EN VIÑA DEL MAR HUBO UN POETA

Eramos seis. Hoy tampoco somos muchos. Tal vez algunas decenas, en distintas ciudades del planeta, los poetas que no podemos concebir la poesía sin Godo. Aún más: no podemos concebir al mundo sin Godo. Todo comenzó una larga noche en un bar de Buenos Aires, teníamos 20 años. Salimos con los brazos entrelazados, encendimos una fogata en medio de la plaza, y quemamos centenares de versos. En el aire quedó la frase de Godo: «no afirmo nada, no niego nada, celebro». Celebramos entre las llamas nuestra propia ligereza juvenil y la partida de viaje hacia la poesía. En nuestra bolsa de viaje Virgilio, Homero, Dante, Hölderlin y el Quijote. Siete, ocho horas de lectura, solitaria o en común, durante años. Godo se conocía de memoria el mapa de todos los viajes. A nosotros nos quedó el de Dante, y así fue como partimos hacia el Infierno, el Purgatorio, el Paraíso. Había una consigna tal vez juvenil y arrogante, pero la única para quien no quiere decir lo que ya se ha dicho: «Dante o nada». Nosotros la repetimos incesantemente sobre las aguas del Amazonas, en los burdeles, en las iglesias, en la selva elemental. Más adelante, en las cordilleras de América, en las metrópolis del norte y en las viejas ciudades fundadoras de nuestro mundo, por las calles de Europa. El lo sabía todo y lo contrario de todo. Conocía la lengua y la palabra, la letra y la sílaba. Después inventó el lenguaje. Atravesamos los golfos, el surrealismo, el ultraísmo y los demás. En el dulce país de Chile inventó a la más bella de las mujeres y al amor más fervoroso. Y en ese mismo instante también inventó al amor que mueve al sol y a las demás estrellas. Y vio al Dios de amor, luz de luz, *lumen de lumine*. Buenaventura, el seráfico doctor, enseña que sólo se entra al Paraíso con elegancia y cortesía. El fue el más elegante y el más cortés de los poetas. Kavafis, el padre de la poesía griega contemporánea, nunca editó un libro en su vida. Godofredo tampoco lo hizo, aparte de algún que otro texto publicado en Francia, en Alemania y en Brasil. Pero toda su obra fue primorosamente impresa, durante años, por una refinada curaduría del Instituto de Arte de la Escuela de Arquitectura de la Universidad Católica de Valparaíso, etapa de su vida de poeta. Ahora que ha partido, cuando ya no es necesario obedecer la rigurosa discreción de su cortesía y de su elegancia, esta obra comenzará a ser celebrada, y crecerá el número de aquellos que hoy ya no comprendemos al mundo sin Godo, a la poesía sin Godo y de aquellos que sabemos que en Viña del Mar hubo un poeta.

Gerardo Mello, desde Río de Janeiro